



Décima sesión (especial)

Jueves 8 de junio de 2006, a las 10 h. 15

Presidente: Sr. Sajda

ALOCUCIÓN DE SU EXCELENCIA EL SR. OSCAR ARIAS SÁNCHEZ, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

Original inglés: EL PRESIDENTE

Es para mí un gran honor declarar abierta esta décima sesión (especial) de la Conferencia Internacional del Trabajo y dar la bienvenida en nombre de la Conferencia a Su Excelencia el Sr. Oscar Arias Sánchez, Presidente de la República de Costa Rica.

Tiene la palabra el Secretario General de la Conferencia, Sr. Somavia, quien dará la bienvenida a nuestro distinguido huésped.

EL SECRETARIO GENERAL DE LA CONFERENCIA

Señor Presidente Don Oscar Arias, amigos y amigos,

La Conferencia Internacional del Trabajo tiene el honor de recibir hoy a un gran estadista, a un político visionario.

Gracias a su gran tarea humanitaria y su compromiso por la paz ha trascendido con mucho las fronteras de Centroamérica y es hoy un líder de repercusión mundial.

Señor Presidente, como latinoamericano permítame resaltar su enorme contribución para encontrar caminos de paz en los momentos más aciagos que ha conocido Centroamérica.

Generaciones de centroamericanos lo recordarán como la figura histórica que hizo posible que la guerra entre hermanos sea una pesadilla del pasado.

Su convicción por mantener vivo el diálogo, su tesón por encontrar los caminos de la paz y su liderazgo personal le valieron obtener muy merecidamente uno de los más grandes reconocimientos de nuestro tiempo: el Premio Nobel de la Paz.

Es un gran privilegio tenerlo con nosotros.

Cuando terminó su primer mandato presidencial, hace más de 15 años, continuó su incansable labor por las causas justas desde la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano.

La Organización Internacional del Trabajo, por su parte, y desde su creación, promueve la paz por medio de la equidad. En su preámbulo se establece que «la paz universal y permanente sólo puede basarse en la justicia social».

La OIT, inspirada en la sabiduría de estas palabras, ha luchado a través de los años por la justicia social, por el diálogo social, por la defensa de la libertad y los derechos en el trabajo. También la OIT ha visto su labor reconocida con un Premio Nobel de la Paz.

Señor Presidente, qué mejor tributo a nuestros orígenes que recibirlo en esta casa internacional del diálogo para la acción en el mundo del trabajo. Como usted sabe, en la OIT estamos actualmente empeñados en hacer del Trabajo Decente un objetivo global y una realidad nacional.

Queremos llevar a la práctica lo que todas las Cumbres de Jefes de Gobierno y de Estado que han tenido lugar en los últimos años han reiterado: que la creación de trabajo decente es la vía más factible para superar la pobreza y respetar la dignidad del trabajo y de las familias.

La gente no quiere dádivas, quiere oportunidades de trabajo.

Usted, que siempre ha sido un político tan atento a la voz del pueblo, que siempre ha sido un político que ha sabido interpretar esas necesidades, lo manifestó con claridad en su Proposición de Programa de Gobierno. Allí dijo: «No hay mejor herramienta contra la pobreza y a favor de una mejor calidad de vida individual y colectiva que tener empleo digno y bien remunerado».

Pero en nuestros días, el actual modelo global de crecimiento económico no ha traído aparejado la creación de suficientes empleos de calidad que la gente demanda y necesita. Ello está afectando la confianza en la democracia.

Usted lo advirtió en su Discurso de toma de posesión cuando dijo, y lo cito, «El gran logro de la actual generación de latinoamericanos, el de haber dejado atrás la interminable noche de tutela militar, podría naufragar si no se enfrentan las seculares aflicciones de la desigualdad y la exclusión».

En ese mismo discurso usted trazó el camino para que, desde un crecimiento económico sensible a las necesidades de la gente, surja también la esperanza de una vida más digna al alcance de todos.

Sostuvo, lo cito nuevamente: «Orientaremos nuestras acciones al fin más importante que puede tener una política de producción: crear más y mejores empleos».

Saber que un político de su envergadura piensa así y así va a actuar, nos honra y nos llena de optimismo. Es por eso que su mensaje de hoy es de tal trascendencia para nosotros.

Señor Presidente, nos honra que la OIT sea el primer organismo internacional que usted visita. Muchas gracias por ello.

Reconocemos en usted al líder de una de las democracias más estables y respetadas del continente americano.

La OIT está con usted y Costa Rica en esta nueva etapa de su denodada voluntad de servicio público. Queremos acompañarlo en el gran cometido de llevar dignidad al trabajo, esperanza a las familias y paz a la comunidad.

Y hacerlo con la mente abierta, sin dogmatismos. Usted quiso resaltar la importancia de esta actitud abierta, no dogmática, cuando al recibir el Premio Nobel de la Paz citó a Pascal, que nos dijo: «Sabemos mucho para ser escépticos, sabemos muy poco para ser dogmáticos».

Señor Presidente, gracias por estar con nosotros y gracias por la gran persistencia en sus convicciones.

EL PRESIDENTE

Muchas gracias Sr. Somavia, tengo el gran honor de darle el uso de la palabra al Presidente Oscar Arias Sánchez. Su Excelencia, tiene el uso de la palabra.

Sr. ÓSCAR ARIAS SÁNCHEZ (*Presidente de la República de Costa Rica*)

Quisiera agradecer a Juan Somavia su atenta invitación para dirigirme a esta Conferencia de la Organización Internacional del Trabajo. Me complace particularmente que esta oportunidad se haya dado al inicio de mi gestión, cuando por segunda vez tengo el honor y la responsabilidad de gobernar a la más antigua democracia de América Latina. Me satisface, porque siento una gran afinidad y una gran sintonía con los valores y principios que la Organización Internacional del Trabajo promueve y porque creo firmemente que es en estos valores y principios donde residen las claves más profundas para hacer posible una convivencia humana civilizada.

Como ustedes saben, he dedicado una buena parte de mi vida a luchar por la paz, la reconciliación, el desarrollo humano, el diálogo respetuoso en democracia y la justicia social. Estos son los mismos valores fundamentales consagrados en la Constitución de esta Organización desde su creación. Valores por los que ustedes trabajan a diario y a cuya concreción la OIT ha contribuido y continúa contribuyendo de múltiples maneras. Por sus aportes en promover estos valores y por su compromiso permanente de influir en la vida de los trabajadores, esta Organización también recibió el Premio Nobel de la Paz. Ello no es casual. En efecto, existe una vinculación necesaria entre el empleo decente y la paz, entre el trabajo y la defensa de la dignidad humana. El derecho al trabajo es un derecho fundamental, y sin respeto a los derechos fundamentales la paz no es sino una quimera.

La OIT y Costa Rica comparten un credo común. Al defender el diálogo social, la paz y la democracia, esta casa alberga lo mejor de la experiencia histórica de mi país. Al aspirar a reducir la pobreza, eliminar la discriminación y la exclusión social y promover el empleo y el trabajo decente para todos, esta casa da abrigo a los más caros sueños de mi pueblo. Por ello, por dar techo a lo mejor del pasado y a lo mejor del futuro de Costa Rica, esta casa la siento como mía.

Nos convocan en este recinto grandes retos, y retos sumamente urgentes. Nos convoca la preocupación de cómo avanzar hacia una globalización más justa, de cómo reaccionar ante los vertiginosos cambios tecnológicos y económicos que presenciamos. En ello, el Director General de esta Organización y todos ustedes han hecho una labor encomia-

ble, porque la OIT se ha convertido en un referente inevitable en los temas sociales en un mundo globalizado.

Mediante la negociación de convenios internacionales y de un nuevo enfoque que reconoce la centralidad del trabajo decente en las políticas económicas y sociales, la OIT está haciendo más que nadie para que la dimensión social de la globalización no sea relegada al olvido ni subordinada a los imperativos de la acumulación económica. Ese es un recordatorio fundamental que el Gobierno de Costa Rica no sólo apoya enérgicamente a nivel discursivo, sino también a través de acciones concretas. El mejor apoyo que se le puede brindar a una organización como la OIT es trabajar por que los lineamientos que emanen de ella sean puestos en práctica y respetados por cada ordenamiento nacional.

Una globalización más humana no se construye con palabras. Se construye con un compromiso ético constante y con el valor para tomar decisiones difíciles y abrazar causas frecuentemente controversiales. La humanidad ha llegado a una encrucijada y debe tomar decisiones cargadas de implicaciones morales. Lo que no podemos hacer ni como ciudadanos, ni como formadores de opinión, ni como intelectuales, ni mucho menos como gobernantes, es evadir nuestras responsabilidades.

No podemos confiar ciegamente en que los inmensos cambios científicos y tecnológicos de nuestra era resuelvan automáticamente los grandes dilemas de la especie humana: el de cómo preservar la vida en el planeta, cada vez más amenazada por la codicia y la falta de previsión; el de cómo hacer posible una convivencia civilizada entre los pueblos, cada vez más acosada por los fundamentalismos políticos y religiosos y por el debilitamiento de la legalidad internacional; el de cómo realizar el precepto de que todos somos hijos de Dios e iguales ante sus ojos. Este precepto es negado en la práctica por los crecientes niveles de desigualdad a escala global y por fenómenos de miseria que, a pesar de los progresos logrados, continúan siendo incompatibles con todo lo que decimos profesar.

Nada de esto se resolverá solo, porque está demostrado que ni el progreso económico ni el progreso científico conllevan necesariamente una elevación ética de la humanidad. El progreso ético no es inevitable. No se le espera como al paso de un cometa. Se requiere desearlo y construirlo con todas nuestras fuerzas.

Progresamos éticamente cuando ponemos al trabajo decente y a la defensa de la dignidad humana en el centro de nuestras políticas públicas. En la reciente Cumbre Unión Europea – América Latina y el Caribe, el Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan, pronunció un admirable discurso que enfatizó la preocupación esencial de la OIT, que es también la mía. Dijo el Secretario General:

“Existe una urgente necesidad de dar prioridad al empleo en la toma de decisiones. En los debates tradicionales sobre políticas se suele tratar la creación de empleo como una consecuencia inevitable del crecimiento económico. Y como resultado de ello, la formulación de políticas económicas se ha centrado más en controlar la inflación y aumentar la productividad que en crear empleos. Sin embargo, existe evidencia contundente de que el crecimiento por sí solo, aunque crucial, no siempre conlleva la creación de suficientes empleos.

Debemos reevaluar nuestro enfoque y ubicar la creación de empleo justo a la par del crecimiento económico en las políticas económicas y sociales, tanto a nivel nacional como internacional.

Por ejemplo, cada vez que se discuta la conveniencia de determinadas políticas macroeconómicas, debe existir una constante pregunta, un reflejo institucional que plantee: ¿Qué puede hacer esta política por el empleo?"

La preocupación por hacer de la creación de empleo decente una meta global no basta. Es preciso traducir esa preocupación en estrategias efectivas en el plano concreto, tanto nacional como internacional. Eso, como todos sabemos, no es fácil. Sin embargo, la experiencia reciente nos indica que existen algunas tareas estratégicas que son vitales para crear trabajo y para combatir el desempleo. Aquí les plantearé dos de ellas: invertir en educación y propiciar el libre comercio entre los países.

No existe peor obstáculo para la creación de empleos decentes que una educación deficiente. En América Latina, uno de cada tres jóvenes no asiste nunca a la escuela secundaria. Mientras tanto, en África Subsahariana una tercera parte de los niños ni siquiera llega a las aulas de la escuela primaria. Eso es no sólo una ofensa a nuestros valores, sino un crudo testimonio de la falta de visión económica de algunas sociedades. Hoy más que nunca debemos entender que los fracasos en la educación de hoy son los fracasos en la economía del mañana.

Combatir estos problemas es un desafío y una responsabilidad que corresponde primordialmente al Estado. Como Gobierno, debemos aspirar a tener profesores cada vez más capaces, más comprometidos y mejor remunerados, condiciones de las que depende la suerte de todo nuestro sistema educativo. Debemos hacer la inversión que sea necesaria para mantener la estructura educativa en una condición adecuada y abastecer nuestras escuelas con mejores recursos, en particular computadoras y redes de conectividad. Debemos realizar grandes sacrificios para que nuestros estudiantes puedan aprender varios idiomas. Si nuestros países desean ser exitosos en un mundo dominado por la industria basada en el conocimiento, la destreza lingüística es, sin duda alguna, una necesidad absoluta.

Además de todo lo anterior, es primordial asegurar la plena equidad de género en el acceso a la educación. Como es ampliamente sabido, el acceso de las mujeres a la educación y los niveles de escolaridad de la población femenina se cuentan entre los más poderosos factores de predicción del desarrollo humano de cualquier sociedad.

Asegurar un acceso equitativo a la educación es sólo parte de nuestra tarea. Debemos también asegurar que la educación en las aulas sea conducente a la plena emancipación de las mujeres, y no a la reproducción de su rol subordinado. Asimismo, tenemos que hacer posible la compleja traducción de la equidad educativa en equidad en el empleo, un paso que dista de ser automático. En mi país, donde las tasas de matrícula y escolaridad de las mujeres son, de hecho, superiores a las de los hombres, la población femenina continúa siendo discriminada en el salario y en sus condiciones de trabajo. Eso es inaceptable.

Solucionar las carencias de los sistemas educativos en los países en desarrollo casi siempre demanda más recursos, pero requiere sobre todo voluntad política y claridad en las prioridades de la inversión pública. Tengo muy claro, en especial, que la lucha

por mejores empleos a través de una mejor educación está muy ligada a la lucha por la desmilitarización y el desarme. Es vergonzoso que los gobiernos de algunas de las naciones más pobres continúen pertrechando a sus tropas, adquiriendo tanques, aviones y armas para supuestamente proteger a una población que se consume en el hambre y la ignorancia.

Mi región del mundo no escapa a este fenómeno. En el año 2004, los países latinoamericanos gastaron un total de 22.000 millones de dólares de los Estados Unidos en armas y tropas, un monto que ha aumentado un ocho por ciento en términos reales a lo largo de la última década, y que ha crecido alarmantemente en el último año. América Latina ha iniciado una nueva carrera armamentista, pese a que nunca ha sido más democrática y a que prácticamente no ha visto conflictos militares entre países en el último siglo. Decir que no contamos con recursos para educar a nuestros niños es hacer lo de aquel hombre pobre que se quejaba del hambre mientras repartía su pan entre las aves. Peor aún, es un alarmante signo de ceguera histórica, ya que si la historia de nuestra región ofrece alguna guía, entonces no podemos dejar de admitir que los recursos que América Latina ha destinado al gasto militar se han dilapidado en el mejor de los casos y, en el peor, han terminado sirviendo para reprimir al pueblo que los pagó.

En esto, creo que los costarricenses tenemos derecho a sentirnos orgullosos. Desde 1948, por la visión de un hombre sabio, el ex Presidente José Figueres, Costa Rica abolió el ejército, le declaró la paz al mundo y apostó por la vida. Los niños costarricenses no conocen un soldado ni un tanque de guerra, marchan a la escuela con libros bajo el brazo y no con rifles sobre el hombro. Si existe un viejo refrán que reza «cuando se abre una escuela, se cierra una cárcel», en Costa Rica creemos que «cuando se cierra un cuartel, se abre una escuela». Cada vez que un soldado se despoja de su casaca militar, permite que muchos niños puedan ponerse el uniforme escolar.

Ese es un camino que ni mi país ni yo estamos dispuestos a abandonar, y no sólo eso, es una ruta que queremos sea la de toda la humanidad. Por eso, hoy les propongo la idea de que entre todos demos vida al Consenso de Costa Rica, mediante el cual se creen mecanismos para condonar deudas y apoyar con recursos financieros internacionales a los países en vías de desarrollo con el fin de que inviertan cada vez más en educación, salud y vivienda para sus pueblos y cada vez menos en armas y soldados. Es hora de que la comunidad financiera internacional premie no sólo a quien gasta con orden, como hasta ahora, sino también a quien gasta con ética.

Otro elemento fundamental en la solución del problema del empleo es el comercio internacional. Sé que este recinto alberga una amplia gama de opiniones sobre las mejores formas de lograr un intercambio comercial global que sea intenso y, a la vez, justo. Personalmente, considero que el libre comercio es la vía más adecuada para lograr este objetivo. Estoy convencido de que constituye un camino que, si se transita correctamente, conducirá a la creación de más y mejores empleos para todos nuestros ciudadanos.

Costa Rica es un país de cuatro millones y medio de habitantes, uno de los más pequeños del mundo. Para un país como el mío y, de hecho, para todos los países en vías de desarrollo, no existe otra op-

ción que profundizar su integración con la economía mundial.

Sólo si abrimos nuestras economías seremos capaces de atraer flujos de inversión directa que complementen nuestras tasas de ahorro interno crónicamente bajas. Sólo si nos abrimos podremos acceder a los beneficios de la tecnología más avanzada y a procesos de aprendizaje productivo que terminen por beneficiar a nuestros empresarios locales. Sólo si nos abrimos podremos desarrollar sectores productivos dinámicos, capaces de competir a escala internacional. Y, sobre todo, sólo si nos abrimos podremos crear empleos suficientes y de calidad para nuestra juventud, ya que está ampliamente demostrado, tanto en América Latina como en Costa Rica, que los empleos ligados a la inversión extranjera y a las actividades de exportación son, casi siempre, formales y mejor remunerados que el promedio de los empleos.

En épocas de globalización, la disyuntiva que se plantea a los países en vías de desarrollo es tan cruda como simple: si no son capaces de exportar cada vez más bienes y servicios, terminarán exportando cada vez a más gente. Venturosamente, eso lo entendimos hace ya mucho tiempo en Costa Rica y, por ello, somos uno de los pocos países en América Latina que no obliga a sus jóvenes a buscar trabajo más allá de sus fronteras.

En Costa Rica, la apertura gradual de la economía y la mayor interacción comercial con el mundo han demostrado ser estrategias de desarrollo viables y positivas. Nuestro ingreso per cápita ha aumentado significativamente en los últimos veinte años, el desempleo ha permanecido en niveles bajos pese a absorber una carga migratoria considerable, y nuestras exportaciones se han diversificado muchísimo.

Hace veinte años, nuestros principales productos de exportación eran, como muchos de ustedes sabrán, el café y el banano. Hoy, el turismo y la exportación de chips de computadoras representan varias veces el valor combinado de nuestras exportaciones tradicionales. Nuestra economía ha dejado de depender de los vaivenes caprichosos del mercado de dos productos y, por eso, no es casual que Costa Rica sea prácticamente el único país de América Latina que no ha sufrido una gran recesión económica en más de dos décadas.

Que quede claro, la apertura de la economía y la búsqueda del libre comercio han sido positivos para mi país, pero no perfectos. Tenemos en Costa Rica crecientes problemas de distribución de la riqueza, y unos niveles de pobreza que siguen siendo inaceptablemente elevados. Sin embargo, nuestros problemas serían mucho peores si nos empeñáramos en regresar al pasado. Por más que algunos nostálgicos se nieguen a reconocerlo, la dura verdad es que los experimentos autárquicos que durante mucho tiempo fueron la marca distintiva de América Latina y de buena parte del mundo en desarrollo, sólo sirvieron para generar sectores productivos protegidos e ineficientes, aparatos estatales hipertrópicos y corruptos, y una proliferación de grupos de presión en permanente búsqueda del favor de la burocracia. Ese es un pasado al que no queremos ni debemos volver.

Ahora bien, ¿qué significa el libre comercio para los derechos de los trabajadores? Algunos consideran que la reducción de barreras económicas conduce por fuerza a un debilitamiento de los estándares laborales, al hacer de países que brindan menor protección a sus trabajadores destinos atractivos para

las inversiones. Yo no estoy convencido de que este miedo esté justificado. Cada uno de nuestros gobiernos debe insistir en que los tratados de libre comercio respeten los derechos laborales, e incluso consideren ese respeto como una condición indispensable para cualquier acuerdo.

Por ejemplo, todos los países suscriptores del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Centroamérica y la República Dominicana, se comprometieron en ese instrumento a adoptar un conjunto de estándares laborales emitidos por la OIT. Se nos solicita reforzar esos estándares y acatarlos, pudiendo incurrir en responsabilidad internacional quien los irrespete. Este es un ejemplo de cómo el intercambio comercial puede implicar una incorporación de los países a una comunidad internacional que exige como cuota de ingreso el respeto a los principios y derechos fundamentales en el trabajo.

Para el Gobierno de Costa Rica no hay, ni puede haber, concesiones en la protección de los derechos de los trabajadores. Sé que algunos, irritados por decisiones tomadas con absoluta independencia por nuestros jueces — que afortunadamente disfrutaron de un grado de autonomía desconocido en casi todo el mundo en desarrollo —, han tratado de crear la impresión de que en Costa Rica se impide el ejercicio de los derechos laborales y, en especial, el de las convenciones colectivas.

Esa es una imagen falsa, tendenciosa y totalmente inconsistente con nuestra larga tradición de defensa de los derechos humanos. Antes bien, deseo expresar aquí el compromiso de mi Gobierno, no sólo con la preservación y regulación del derecho de la convención colectiva, sino también con la aprobación de una reforma laboral que agilice los procesos judiciales para tutelar los derechos de los trabajadores.

Quiero que Costa Rica continúe siendo, ante todo, un país de derecho, en el que se respeten siempre las decisiones de los tribunales, pero en el que también éstos se encarguen de hacer realidad el principio de justicia pronta y cumplida para todos los trabajadores.

La liberalización comercial puede ser, pues, defendida por sus méritos y por sus efectos beneficiosos para la clase trabajadora. Pero quiero enfatizar que la defensa del libre comercio debe ser honesta y consistente. Debe buscar un intercambio comercial que, en efecto, sea igual de libre para todos los países. No es éticamente defendible la práctica de los países desarrollados de presionar por la eliminación de barreras comerciales sólo en los sectores en que cuentan con evidentes ventajas comparativas. Los países en vías de desarrollo, necesitamos y demandamos también libre comercio en la agricultura. Eso implica poner fin, gradual pero visiblemente, a los subsidios anuales de más de 250.000 millones de dólares que los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico brindan a su sector agrícola. Hasta que no avancemos en este tema, tendremos que seguir parafraseando la célebre expresión de George Orwell: «en el libre comercio somos todos iguales, pero hay algunos que son más iguales que otros». Los países en vías de desarrollo necesitamos ayuda al desarrollo y solidaridad de parte de los países industrializados, pero, sobre todo, necesitamos de ellos coherencia. Que si pregonan el libre mercado, entonces que éste sea, en efecto, libre. Que si defienden y practican en sus países admirables formas de justicia social a través de sus Estados de bienestar, entonces que

pongan una pizca de esa filosofía en práctica a escala internacional. Que si pregonan y viven el credo democrático en sus fronteras, que ayuden a traducirlo en una distribución de poder más equilibrada en los organismos internacionales.

Para el mundo, las tareas de dar acceso universal a la educación y de avanzar hacia el libre comercio son demasiado difíciles para ser consideradas inevitables, pero demasiado importantes para ser consideradas opcionales. Está en juego en todo el mundo mucho más que el simple crecimiento económico. En la medida en que ambas tareas son decisivas para la creación de empleos decentes, descansa sobre ellas el futuro de la democracia y el futuro de la paz.

No es coincidencia que muchas de las más graves amenazas a la paz y a la democracia que hoy enfrentamos, se originen en países con altas tasas de desempleo y subempleo. El fracaso en la implementación de políticas exitosas que permitan crear mejores oportunidades para la población joven, significará la trampa más segura contra nuestra seguridad. La frustración que se deriva de la falta de oportunidades conduce a nuestros jóvenes al radicalismo y a la violencia y termina por lesionar a la humanidad entera.

Como ganadores del Premio Nobel, ambos sabemos que el trabajo decente se encuentra en el corazón de la paz, porque la paz no consiste en la simple ausencia de destrucción, sino en la tenaz vocación de hacer posible una vida digna para todos los seres humanos. La paz es eso una tenaz vocación, un esfuerzo cotidiano, un trabajo constante. Hay algo que desearía que los políticos y los ciudadanos, los empresarios y los trabajadores, los soldados y los civiles, entendieran más que nada: la paz es la más honorable forma de esfuerzo y la más esforzada forma de honor.

Amigos míos: La OIT ha venido llamando nuestra atención hacia la necesidad de reevaluar nuestros enfoques y ubicar el empleo productivo y el trabajo decente en el centro de nuestras políticas económicas y sociales, tanto nacionales como internacionales. Reconozco esta necesidad y acepto el desafío que impone. Es por ello que he puntualizado dos tareas estratégicas que son prioritarias para avanzar hacia esa meta.

Ya sea a través de la reducción de barreras comerciales, o de un esfuerzo mundial para sustituir el gasto en armas por la inversión en escuelas, los trabajadores, los empleadores y los gobiernos del mundo se encuentran hoy más vinculados que nunca. El destino de cada uno depende del otro, hoy como nunca antes. Esta es la razón por la que resulta vital el diálogo que desde la OIT se propicia.

Así es que hoy, en vísperas de la inauguración de la Copa Mundial, les dejo un último mensaje: es tiempo de pensar los unos en los otros, de pensar en

cada trabajador, en cada sindicato, en cada cámara empresarial, en cada empleador y en cada gobierno del planeta como jugadores de un mismo equipo. Si así lo hacemos — al igual que espero lo hará Costa Rica, mañana — anotaremos muchísimos goles en el marco del desempleo, de la pobreza, de la injusticia y sobre todo de la guerra. Será tiempo entonces de celebrar nuestra victoria y de emprender, a la par de la OIT, nuestras batallas en la inacabable lucha por la dignidad humana.

Muchísimas gracias.

Original inglés: El PRESIDENTE

Gracias, Presidente Arias Sánchez, por ese discurso que tanto nos ha inspirado.

Incluso en reuniones de la talla de la Conferencia Internacional del Trabajo es raro que coincidan, como ocurre hoy, dos galardonados con el Premio Nobel de la Paz. Por ello, todos hemos escuchado con suma atención sus palabras, que han manifestado sentimientos compartidos por otras personalidades que han honrado a esta asamblea con su presencia y abogado por una mayor equidad social, por el trabajo decente como derecho humano fundamental, por un diálogo social y una democracia más sólidos, por una mayor igualdad de género y por el fin de la discriminación.

Hoy ha recalcado usted que el empleo es el corazón mismo de la paz, y nos ha instado a colocar el trabajo decente y la defensa de los derechos humanos en un lugar central de nuestras decisiones en materia de política pública, si es que deseamos progresar en el plano ético.

Esas impresiones se hacen eco también del Preámbulo de la Constitución de la Organización Internacional del Trabajo, de 1919, en el cual se afirma que «la paz universal y permanente sólo puede basarse en la justicia social».

Por consiguiente, resulta mucho más lógico, si cabe, que ante tal armonía en cuanto a puntos de vista y valores sienta esta casa como la suya propia. La estima por esta institución que compartimos con usted todos los presentes en la sala nos une como equipo y nos llena de esperanza e inspiración de cara al futuro de nuestras respectivas sociedades.

En sus conclusiones, se ha referido usted a la Copa del Mundo, que dará comienzo mañana. Señor Presidente, esa Copa del Mundo es un acontecimiento extraordinario de enorme trascendencia, donde, sin duda, las naciones se unen, y donde, sin embargo, al final sólo queda un único país victorioso. Nos ha pedido más justicia social y más democracia. Si respondemos a ese llamamiento, no ganará uno, sino todos los países.

Gracias por compartir con nosotros su visión y su sabiduría.

(Se levanta la sesión a las 11 h. 05.)

INDICE

Página

Décima sesión (especial):

Alocución de Su Excelencia el Sr. Oscar Arias Sánchez,
Presidente de la República de Costa Rica 1

Oradores: El Presidente, el Secretario General, Sr. Oscar Arias Sánchez